

Necesidad de acoger a las extranjeras

(1835)

**El primer ensayo de
Flora Tristán**

ISABELLE TAUZIN-CASTELLANOS
UNIVERSITÉ BORDEAUX MONTAIGNE

El primer texto que publicó Flora Tristán nunca fue traducido al castellano. Se trata de un ensayo en francés titulado *Nécessité de faire un bon accueil aux femmes étrangères* (Necesidad de acoger bien a las mujeres extranjeras). Lo editó en París en 1835, después de regresar del Perú y dos años antes de *Las peregrinaciones de una paria*. Desde

entonces solo hubo otra edición en 1988 por Denys Cuche en francés¹, con un estudio previo que contextualizó el ensayo de manera científica y no novelesca, a diferencia de las ficciones francesas y peruanas sobre la feminista franco-peruana².

Nacida en 1803, huérfana de padre a los cuatro años, Flora Tristán se casó aún adolescente. Tuvo que huir de la violencia de su esposo, y

para sobrevivir, entró al servicio de unas señoras inglesas a las que acompañó por el continente europeo y el Reino Unido. La larga experiencia migrante en Europa y América fue la base autobiográfica a partir de la cual escribió el ensayo que consta de unas veinticinco páginas. Aquí me limitaré a sintetizar «Necesidad de acoger a las extranjeras», simplificando el título que presenta una doble

dificultad a la hora de ser traducido. Incluye una tautología (*faire un bon accueil* / acoger bien) y a la vez una anfibología pues el francés *étrangère* se traduce de dos maneras en castellano con la diferencia entre «forastera» y «extranjera». Tristán remite tanto a las forasteras como a las extranjeras como veremos más adelante. Un epígrafe («Ayudaos unos a otros») antecede a la composición literaria. Flora Tristán plantea que se está viviendo en una «sociedad nueva» en la que hace falta «asociarse [...] aliviar a las masas que sufren y languidecen incapaces de erguirse» (Tristán 1988: 55).

Contrasta la fama de elegancia y afabilidad de París con la realidad vivida en el momento de llegar a la urbe, y empieza evocando la experiencia propia. Recuerda los días de viaje desde la frontera hasta la capital francesa, la falta de cortesía, la mala educación de los lugareños al apear de la diligencia; rememora las segundas intenciones tanto más difíciles de sortear al llegar agotada después de viajar meses de meses. Al cansancio físico se agrega el mareo por «el griterío de los cocheros, los muchachos que pelean por llevar las maletas, los mozos de fonda que quieren llevar [a la pasajera] a la fuerza» (Tristán 1988: 58). Por fin, exclama mimetizando el desamparo de aquel momento: «¡Dios mío! ¡Qué va a ser de mí! ¡Yo sola, tan sola en esta gran ciudad en la que soy una forastera!» (58).

Flora Tristán recuerda luego los días en el hotel de Inglaterra donde estuvo durante los primeros momentos en París. Tuvo que pagar un precio exorbitante, pese a lo cual se le

dio la peor habitación de la posada. Como lo hará luego en su primera novela titulada *Mephis*³, tipifica a las viajeras en tres clases. La primera corresponde a las mujeres acomodadas, quienes, aunque tengan medios económicos no hacen el viaje maravilloso que podrían esperar en París, por estar solas, encerradas en la timidez nativa; no llegan a visitar

caso pendiente o acudir a un juicio; terminan engañadas en los contratos y arruinadas. La tercera clase son las mujeres pobres que sufren los peores abusos: allí están las jóvenes provincianas deshonradas y las mujeres mal casadas. El ensayo de Tristán despierta simpatía hacia aquellas víctimas: «Cuántas jóvenes abusadas viven aisladas en un cuartucho oscuro y helado, y mueren en la primavera de su existencia» (Tristán 1988: 63).

En cambio, la urbe resulta un mundo adverso y sucio, un «desierto», «una cloaca inmensa» con callejuelas enlodadas (63).

Flora Tristán deduce inspirada por la propia experiencia: «Muchas [forasteras] no se atreven a hablar con nadie, evitan las reuniones; no es por orgullo, es por miedo; la desgracia las hace tímidas» (65). Se ven sumidas en la pobreza o escogen «el sendero del vicio» (65).

Esa situación de desamparo se observa también en las ciudades de provincias y en los balnearios a donde muchas acuden para curar alguna enfermedad gracias a los baños termales. Pero son objeto de «la calumnia» (66), los chismes y los requiebros de los mozuelos del lugar, en vez de curarse en medio del sosiego. No obstante, según Flora Tristán, la situación de las extranjeras es peor en Inglaterra y anuncia un libro sobre ese tema. También cuenta que en América se pierde la hospitalidad tradicional. De hecho, en Arequipa fue tratada como hija ilegítima de Mariano Tristán, «las habitaciones que le asignaron en la casona fueron distantes y mezquinamente amobladas» (Pierini 2015: 358); fue a la vez reconocida por llegar de Francia y rechazada por la



Flora Tristán.

casi nada pues no acuden a algún cicerone para acompañarlas. En 1835 no existe en París guía alguna de buena calidad que dé consejos y sugerencias a diferencia de Italia, ya más organizada para acoger a los aprendices de turistas. La segunda categoría definida por Flora Tristán son las mujeres que viajan a París por algún asunto económico, resolver un

carencia de la partida de matrimonio de sus padres. La herencia de su abuela le fue enviada en 1838 y 1839; dejó de serlo cuando se conoció en el Perú la información publicada en *Las peregrinaciones de una paria* (Cuche 1988: 128).

Después de una primera parte llena de patetismo, la segunda sección del ensayo está dedicada a valorar los beneficios de los viajes, cómo favorecen el conocimiento mutuo entre los pueblos borrando las diferencias de nacionalidad entre ingleses, alemanes y franceses. A las provincianas les aporta «una instrucción más fina, más amable y sobre todo más avanzada en el progreso» (Tristán 1988: 70), mientras las parisinas son ignorantes y frívolas, probablemente por no salir de su medio y de la capital. Por esos beneficios que proporcionan los viajes y por sortear los peligros es por lo que la ensayista plantea como solución el asociacionismo, es decir el apoyo mutuo a la manera de la ayuda brindada a las víctimas de persecuciones religiosas. Después de ese ejemplo inesperado, Tristán da a conocer los 19 artículos de la asociación que quiere fundar: «*la société pour les femmes étrangères*» cuyo lema será «Virtud, prudencia y publicidad».

La palabra «publicidad», que puede extrañar, se entiende como la forma de denunciar, publicitar los vicios, y a los corruptos para poner fin a sus fechorías. La asociación sin fines de lucro será mixta, acogiendo indiferentemente a hombres y mujeres. Los socios serán mayores de 25 años, cooptados, con una cuota anual de

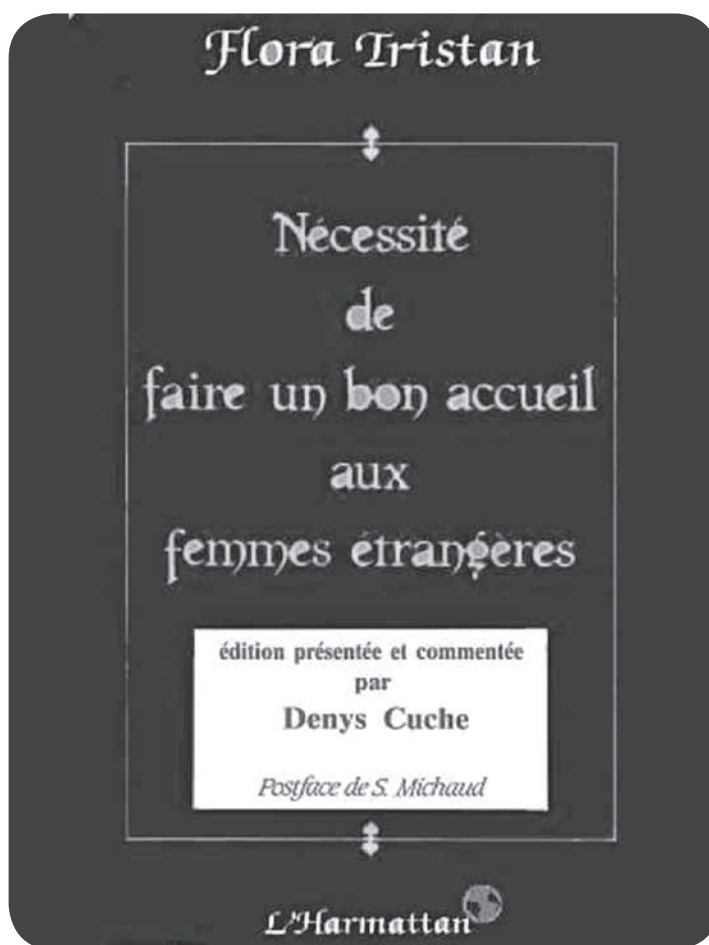
60 francos para los varones y 30 para las mujeres. La meta de la asociación será «ayudar en todo» según reza el artículo 10. Luego se especifica que esa ayuda permitirá el alojamiento en casas de huéspedes con cartas de recomendación. La sociedad tendrá un local con un salón, una biblioteca en la que se leerán los periódicos franceses y extranjeros. Los socios se

llamado al Rey Luis Felipe, porque vivió en el exilio y conoció la dura suerte de ser extranjero en otras tierras antes de la revolución de 1830 que lo llevó al trono. Flora Tristán agrega que este proyecto de un espacio comunitario será el feliz desenlace de los «punzantes dolores sufridos a lo largo de diez años» (Tristán 1988: 85).

Aquel sueño de una «Sociedad para las Extranjeras» no llegó a concretarse. La propia Flora Tristán se reinsertó en la vida parisina y se dedicó a otros escritos y otras luchas. Pasó a confundirse con la «paria» de su auto-ficción. Si bien murió agotada por la vuelta a Francia que emprendió en 1844, vivió con holgura según los protocolos notariales examinados por Denys Cuche, autor de la investigación más profunda sobre esa etapa de la vida de Flora Tristán. La trayectoria vital de la franco-peruana fue borrada de la memoria colectiva femenina y masculina a lo largo del siglo XIX,

no por la valentía de sus compromisos sino probablemente porque la historia social y la historia cultural fueron escritas y publicitadas por redes intelectuales masculinas. Y es más fácil interesarse por lo que se le parece a uno, que por lo que es extraño.

Nota: Este texto se presentó en la mesa redonda sobre Flora Tristán de la Feria Internacional del Libro de Lima, el 2 de agosto de 2015.



Portada de *Necesidad de acoger a las extranjeras*.

reconocerán gracias a unas insignias. Se autorizará el anonimato con el fin de proteger a las mujeres cuya vida corre peligro, pero no se facilitará el acceso a las «intrigantes» impulsadas al «vicio» por la sociedad.

Para llevar a cabo ese proyecto asociacionista o mutualista, Flora Tristán, quien conoce al socialista utópico Charles Fourier —el inventor de los falansterios ese mismo año 1835—, concluye haciendo un



París en 1840. Ilustración de Joseph Mallord William Turner.

Notas

1. Las citas del presente trabajo remiten a la edición de Denys Cuche (1988). Las traducciones son de la autora.
2. El especialista francés de Flora Tristán, Stéphane Michaud, reeditó en 2003 un epistolario con el título *Flora Tristán. La Paria et son rêve* que aporta información sobre las condiciones de vida y la red político-social en que se desenvolvía Tristán.
3. Mónica Cárdenas prepara una traducción de *Mephis* a la que se refiere en el ensayo «Flora Tristán, extranjera: del libro de viajes a la novela».

Bibliografía

- Cárdenas, Mónica e Isabelle Tazuin-Castellanos
2015 *Miradas recíprocas entre Perú y Francia*. Lima: Universidad Ricardo Palma, Université Bordeaux Montaigne.
- Cárdenas, Mónica
2015 «Flora Tristán, extranjera: del libro de viajes a la novela». En Cárdenas, Mónica e Isabelle Tazuin-Castellanos 2015: 379-394.
- Tristán, Flora
1988 [1835] *Nécessité de faire bon accueil aux femmes étrangères*. París: L'Harmattan. (Edición en francés de Denys Cuche)
- Michaud, Stéphane
2003 *Flora Tristán. La Paria et son rêve*. París: Sorbonne Nouvelle.
- Pierini, Margarita
2015 «Flora Tristán, la desheredada. Modelos narrativos en la construcción de una autobiografía peregrina». En Cárdenas, Mónica e Isabelle Tazuin-Castellanos 2015: 347-360.

